



Memorias de la pizarra

Carmen Guaita

Editorial: San Pablo, 2012

Este nuevo libro de Carmen Guaita, el último de los que ha publicado en la colección *Psicología y Educación*, de la editorial S. Pablo, ha venido a llenar un vacío existente hasta ahora en la producción literaria del género, todavía necesitado de ampliación y profundización por parte de los especialistas que se interesan por sumergirse en las tradiciones pedagógicas de nuestros antiguos maestros, de nuestros mayores educadores. Distintos libros sobre los maestros de otras épocas, singularmente los de la República, han tenido un enfoque preponderantemente histórico. Los ha habido incluso de tipo humorístico, alguno de ellos con gran éxito entre los lectores. El de Carmen Guaita ha adoptado como núcleo temático y narrativo la acción pedagógica. Y, en el centro, el maestro, la maestra.

Memorias de la pizarra constituye, por un lado, un relato cuyo hilo conductor son los valores que dan sentido a la acción educativa ejercida por los maestros. Se trata de valores, esto es, de objetivos, ideales, propósitos y enfoques, basados en una filosofía educativa compartida por los docentes que Carmen Guaita ha entrevistado. Por otro lado, son relatos individuales, historias de vida y esperanza, de resistencia ante las dificultades, de vocaciones entregadas con pasión a la tarea de enseñar y educar. A través de estos relatos se comprueba que los valores por los que en su momento muchos maestros y maestras apostaron, tenían sentido porque impregnaban unas acciones determinadas, mostrando y demostrando que el concepto de valor solo existe si se concreta en opciones, actitudes y actos.

El resultado es un collage de los pensamientos y sentimientos de maestros y maestras de otras épocas que narran, en primera persona, sus trayectorias y experiencias profesionales, de las que el lector puede concluir que hay aspectos en la educación que nunca mueren. Éste es leit motiv del libro: lo que nunca muere, lo que nunca debe morir cuando de educar se trata. No es, pues, una concesión a la nostalgia, es más bien un canto de fe en el papel del buen maestro, del educador digno de este nombre.

Carmen Guaita es una experta en hacer que hablen y se muestren en profundidad sus entrevistados, asomándose a sus vidas con pudor, respeto, admiración y reconocimiento. Ha sabido, además, entrar en diálogo, maestra ella también, con colegas que bien podrían haber sido sus padres o sus abuelos. Y lo ha hecho con subrayados significativos, argumentados brillantemente, como prolongando los puntos suspensivos que se producían, o se adivinaban, en las respuestas de los maestros y maestras a cuyas vidas se ha acercado. Ha llevado a cabo su propia lectura de lo que, a través de diversos medios, le han contado sus interlocutores, y nos lo ha devuelto enriquecido. Nuestra autora se halla en un momento de espléndida madurez intelectual, su preparación académica como maestra y filósofa y su conocimiento global del mundo educativo le permiten extraer y exponer lecciones de la

historia de la educación y dibujar con sentido líneas de futuro. Y aquí está uno de los resultados, como antes en otros libros suyos, de esta misma colección, *Contigo aprendí y Desconocidas*.

El conjunto de los entrevistados representa un abanico variado de trayectorias vitales. Variado por los avatares de cada uno, por la época y circunstancias en las que unos y otros han vivido, por sus distintas características psicológicas, por la forma de ejercer la profesión, por la filosofía educativa implícita en cada caso, por el estilo vocacional en definitiva. En el retrato de los maestros y maestras que desfilan por el libro es precisamente la vocación lo que sobresale con colores más vivos. Esa vocación por y para enseñar, que incluye pasión y entusiasmo, sin los cuales no es posible la educación, como nos diría Kant. Como sobresale, igualmente, que la acción de muchos maestros a través del tiempo no se circunscribía al aula, constituían una verdadera autoridad moral en su entorno social.

En el centro de la acción educativa de cada uno, está la persona. Si es cierto el aforismo clásico de carácter axiomático que nadie da lo que no tiene, nuestros maestros, los maestros de la pizarra, dieron *de sí mismos* mucho porque *en sí mismos* han sido personas que merecían la pena ser conocidos, tratados y escuchados, porque escondían tesoros que han sabido repartir generosamente. Ese dibujo del *rasgo personal* aparece como constante transversal a lo largo de la obra. Podrán cambiar los métodos y la didáctica, los recursos, los medios y los espacios, las pizarras de madera podrán transmutarse en pizarras digitales y el cuaderno de toda la vida en una tablet. Pero no deberá faltar nunca el acento en la persona. La del alumno, la del maestro.

A quien esto escribe no le ha resultado extraño, por todo ello, oír a lectores de este libro decir que les gustaría conocer a algunos de los entrevistados. Como tampoco resultó sorprendente la admiración que produjeron en el numeroso auditorio que asistió al acto de presentación de este libro, la presencia, la persona y las palabras de uno de los maestros entrevistados. Todo en él sonaba a profundo, como su voz, sincera, entrañable; todo sonaba a lección útil en el pasado y válida para el futuro.

En tiempos socialmente convulsos y complejos, llenos de urgencias e incertidumbres, la voz de Unamuno se alzó en su momento para decir que la palabra mágica, a la que acudir, alejados de tópicos y latiguillos, era *adentro*. Este libro de memorias constituye, en mi opinión, una llamada hacia puntos esenciales en la acción educativa, hacia lo profundo, hacia lo hondo, en momentos no fáciles para la educación en nuestro país, con retos y problemas, que no debieran llevarnos al pesimismo, sino a la resiliencia esperanzada. También hacia los consensos imprescindibles de todos los implicados en la educación. Todas estas son razones que avalan la oportunidad, aquí y ahora, de nuestro libro. Como lo

avala la necesidad imperiosa de prestigiar socialmente hoy en día al profesor. A los que amamos la educación, porque ha dado sentido a nuestras vidas, pocas cosas nos entristecen tanto como ver que no se respeta, o se ataca incluso, al profesor. Una sociedad que no respeta, no aprecia ni ama a sus profesores, no tiene futuro. Aprendamos de otras culturas en las que el maestro sigue siendo un referente socialmente reconocido.

Permítame el lector de esta recensión que le sugiera perspectivas interpretativas como las que acabo de exponer. Porque éste es, sin duda, un libro de consenso en lo fundamental que atañe a la educación. Es como si los maestros y maestras entrevistados hubieran participado en una mesa redonda, o en uno de esos grupos de discusión que constituyen inestimables herramientas en la investigación cualitativa, llegando entre todos y a través de sus diversos discursos a conclusiones significativamente compartidas.

Desde el punto de vista estilístico, *Memorias de la pizarra* conjuga acertadamente el género de la entrevista con el del ensayo de filosofía educativa. Y lo hace de manera divulgativa, clara y amena, no exenta de rigor y argumentos, como se aprecia en otros libros de la autora y es sello pretendido en la colección *Psicología y Educación*.

Estoy seguro de que este libro puede resultar enormemente atractivo y provechoso a los docentes, jóvenes y veteranos, tal vez para mirarse en el espejo de una autocrítica constructiva, pero en todo caso para reafirmarse en una vocación que merece la pena y sentirse acompañados por las palabras y experiencias de quienes son hoy sabios y, antes, excelentes maestros. Como estoy igualmente convencido de que *Memorias de la pizarra* es un libro de lectura recomendable para quienes se preparan en las Facultades de Educación para ser maestros y maestras. Frente a los nubarrones que con frecuencia contemplan estos jóvenes el cielo que enmascara su futuro, la lectura de este libro puede ser estimulante. Más allá de las dificultades que nadie ignora, la educación siempre tendrá futuro. Para el lector que no se dedica a la educación, ni se prepara para ejercer esta profesión, la lectura de nuestro libro puede constituir la memoria grata de un tiempo que se fue, con unos maestros (el nombre de algunos está impreso para siempre en nuestro corazón) que, en paralelo a nuestros padres, nos han ayudado a construirnos como personas.

Luis Fernando Vilchez

Profesor emérito de Psicología de la Educación en la Universidad Complutense.